

Vicente Muñoz Puelles

Óscar y el río Amazonas

Ilustraciones
de Noemí Villamuza



ANAYA



El primer libro que le dieron a Óscar en el colegio tenía una sola letra muy grande en cada página.

En la página siguiente estaba la misma letra, pero en mayúscula, lo que hacía que pareciese aún más grande.

Óscar, que ya tenía bastantes dificultades con las minúsculas, miraba las mayúsculas con desconfianza.

Pensaba que las personas mayores complicaban las cosas sin necesidad. Como habían nacido antes, les había sobrado tiempo para enredarlo todo.

Al principio, Óscar confundía las letras entre sí, y también con los números.

¿Cómo diferenciar, por ejemplo, la letra «O» del número cero?

10



Cuando dibujaba esa letra en la pizarra, el profesor le añadía en la parte superior un rabito en forma de sacacorchos, como el de los cerdos. Pero no era así como la «O» aparecía en libros y en periódicos.

12

Tampoco era igual la letra de papá, redonda y espaciada, que la de mamá, alargada y estrecha.

A Óscar le asombraba que los mayores se diesen tanta importancia y hablaran tanto de sus logros, cuando ni siquiera se habían puesto de acuerdo a la hora de escribir, y cada uno lo hacía a su modo.

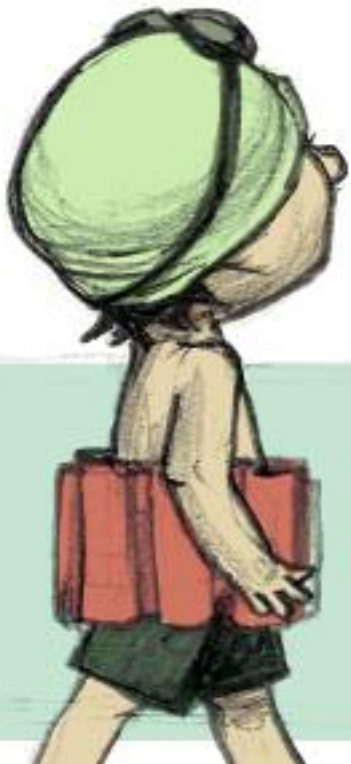
Lo más raro era que, a pesar de todo, pudieran entenderse.



Acabó el curso, y con el verano llegaron el calor y las excursiones diarias a la piscina.

Era una piscina grande, rodeada de blancas columnas. Estaba junto a la playa, al final de una avenida de palmeras.

14



Una gruesa cuerda cruzaba la piscina de un lado a otro y separaba la zona de los niños de la de los mayores, que era mucho más profunda.

15



Óscar llevaba un cinturón de corchos sobre el bañador. Mamá o papá lo sostenían en el agua durante un rato y, después, lo soltaban.

Aunque sabía que los corchos flotaban y que no podía hundirse, Óscar acababa asustándose.

Primero intentaba tocar el suelo con los pies, y luego volvía a abrazarse a sus papás o se agarraba al bordillo.

Chapoteaba con las piernas y se hacía la ilusión de que nadaba. Pero la verdad era que aún le faltaba mucho.





Un día, mamá volvió a casa con un cucurucho de papel y se lo enseñó. Dentro había una rana viva, recién comprada en el mercado.

Al verla, a Óscar se le saltaron las lágrimas.

—¿Por qué lloras? —le preguntó mamá.

—Porque me gusta mucho, y no quiero que nos la comamos. Mamá sonrió.

—No es para que nos la comamos, tonto —le dijo cariñosamente—, sino para que te enseñe a nadar.

Abrió el grifo de la bañera, dejó que cayera un poco de agua y la soltó. La rana nadó, agitando al mismo tiempo las patas delanteras y las traseras.

20



—¿Te das cuenta? —le preguntó mamá—. Tienes que poner el cuerpo horizontal, como ella, y luego has de apartar el agua con los pies y con las manos.

21

